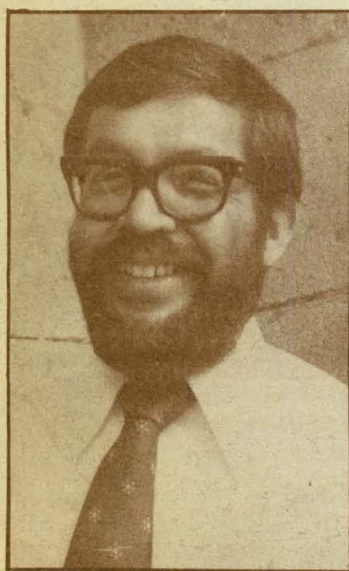


# Tiempo de Echeverría

## ¿Ese No Volverá?

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Hiperquinético, el ex presidente Echeverría no puede estar quieto. Heperquinéticos, algunos de sus amigos y antiguos colaboradores no pueden tampoco permanecer al margen de la vida pública que paladearon en el sexenio 1970-76 a plenitud, y después siguieron haciéndolo aunque no siempre con la fortuna que creyeron merecer. Entre ellos, varios se aprestan a volver, creyentes de que el tiempo de Echeverría no concluyó en el momento en que don Luis le entregó la banda presidencial a su amigo don José.

Precisamente **Tiempo de Echeverría** se titula el libro escrito por el periodista español Gabriel Uribarri para cantar una nueva

apología al todavía director del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo. No digo que se trate de una obra por encargo, si bien el autor la confeccionó mientras era investigador del propio Centro citado. Y menos digo que su puesta en circulación por Martín Casillas, el pulcro lanzador de tan finas ediciones tenga en sí mismo un propósito político. Lo que digo es que la aparición del libro coincide con la movilización obvia de algunos de los amigos de Echeverría que quieren ser gobernadores el año entrante o cuando se pueda, pero que se alistan ya para ese paso.

El libro de Uribarri no pertenece al género de las revelaciones escandalosas (del tipo del escrito por Armando Ayala Anguiano, **JLP: los secretos de un sexenio**, que por lo demás merecería ser denunciado ante la Procuraduría del Consumidor porque ofrece más de lo que contiene) sino que trata de que se aprecien, acudiendo a multitud de fuentes documentales, los pasos trascendentes dados por el presidente Echeverría. Una segunda intención del libro consiste en establecer distancia entre el protagonista y su sucesor, propósito imposible de alcanzar, pues los presidentes son responsables de lo que hacen durante su sexenio pero también en buena parte de lo que se hace en el siguiente en tanto que su voluntad es la autora de la sucesión. ¿No entre broma y veras el ex presidente Díaz Ordaz confiaba a sus amigos que cada mañana al verse en el espejo se abofeteaba y se repetía a sí mismo "pendejo, peñejo", por haber resuelto que su secretario de Gobernación lo reemplazara en la silla principal del sistema político?

La portada del libro de Uribarri es un dibujo de José Luis Cuevas que él mismo describe en recado dirigido al editor, publicado en la contraportada y que es una muestra de cómo la amistad entrañable (sentimiento digno de respeto si los hay) nubla la visión política de las personas: "Querido Martín — dice la nota — Aquí está la portada. Así veo el sexenio de Echeverría: tiempo de cambios y tiempos de los jóvenes. En mi dibujo, tres jóvenes miran hacia una ventana. Uno de ellos, traza el México del futuro. Claro que las cosas se descompusieron. Pero culpa de Echeverría no fue. El tiempo de Echeverría fue promisorio".

Podríamos, de paso, asegurar que los amigos de López Portillo tendrían derecho a afirmar lo mismo de su amigo: culpa de él no fue. Pero eso nos llevaría hacia un rumbo distinto del que queremos tener aquí como meta. Se trata de ver cómo la aparición del libro coincide con una nueva tentativa del echeverrismo de no ausentarse por completo de la escena política nacional, circunstancia a la que tienen pleno derecho sus integrantes, como ciudadanos que son, pero frente a la cual al menos debemos estar advertidos, para que no se nos dé gato por liebre. El tiempo de Echeverría fue malo para las

libertades públicas, para la economía popular, para el sindicalismo democrático, para la prensa responsable, y favorable en cambio para las grandes empresas, como lo prueba el catálogo de las medidas instrumentadas para favorecer el desarrollo capitalista en ese sexenio. No olvidemos que así fue, cegados por la nube de populina que entonces y sobre todo después (fundado en su pretendido "derecho de un hombre a cambiar" que sería válido si no mediara su biografía para contradecirlo) ha querido echar sobre los observadores el señor de San Jerónimo.

El ex senador Fausto Zapata quiere ser gobernador de San Luis Potosí. Es la típica hechura de Echeverría. Antes de vincularse con él, trabajó como reportero en un diario potosino y luego vino a la Ciudad de México donde sería reportero de **La Prensa**. Inmediatamente conectado con los círculos políticos, fue digamos prudente cuando su amigo Manuel Buendía quedó excluido de la cooperativa en donde don Manuel tanto lo había ayudado, y se mantuvo dentro de ella, hasta que en 1967 fue elegido diputado federal, a tempranísima edad. Como su jefe en la CNC, Augusto Gómez Villanueva, Zapata se mostró echeverrista y por lo tanto cuando el secretario de Gobernación fue destapado para ser candidato a la Presidencia, ocupó un lugar relevante en el manejo de la información. Nombrado subsecretario de la Presidencia, puso en práctica una política muy de prensa activa, caracterizada por la corrupción y por la represión. Era famoso en las abundantes giras del presidente Echeverría el enorme portafolios repleto de dólares con que proveía Zapata a las necesidades de sus amigos reporteros. Lo ayudaban en esas tareas Mauro Jiménez Lazcano (que lo sucedió en el cargo), que hace unos meses en buena hora debió abandonar su cargo de director de prensa de Gobernación; y Manuel Alonso, que todavía despacha como director de Comunicación Social de la Presidencia de la República. Entre paréntesis, digamos que circula, entre corresponsales extranjeros que tienen vinculación con la oficina presidencial de prensa, la especie de que Alonso será gobernador del Estado de México. No se aclara en la versión si lo sería para seis años, o entraría al relevo de don Alfredo del Mazo si éste viene al Gabinete como se presume que tarde o temprano ocurrirá.

De la función represiva de Zapata pueden dar cuenta muchos periodistas. Aparte el caso principalísimo de **Excelsior** (en que el precandidato echeverrista al gobierno de San Luis tuvo participación aunque ya no ocupara el cargo desde donde se instrumentó la acción) Gustavo Mora y José A. Pérez Stuart (que entonces se firmaba Julián Rivera) fueron congelados o despedidos de su diarios (**Novedades** y **El Heraldo de México**) por indicaciones de Zapata prestamente acatadas por los dueños de esos periódicos que después se convirtieron en antiecheverristas.

Refugiado en el Senado de la República (de donde partió brevemente a ser embajador en Italia) Zapata se distinguió durante el sexenio pasado por la defensa que hizo, aún en estas páginas, de la política petrolera de Díaz Serrano, la misma que concluiría más tarde en un reclusorio. Como se advierte, la nobleza de las causas a que se afilia no deja lugar a dudas.

Su amigo, correligionario, jefe en la CNC, compañero suyo en la Cámara de Diputados y su antecesor en la embajada romana, Augusto Gómez Villanueva, quiere también ser gobernador, aunque no tan inmediatamente como Zapata. O quién sabe: el gobernador de Aguascalientes, tierra de donde es oriundo el ahora embajador en Nicaragua, anda en malos términos con el secretario de Gobernación, por lo que (como lo comprueba el caso del soberano estado de Guanajuato) ha puesto su barba a remojar. De cualquier modo, pronto o tarde, Gómez Villanueva quiere gobernar a sus paisanos. Que pueda hacerlo, lo mismo que Zapata a los suyos, dependerá de si los centros de decisión resuelven que vuelva el tiempo de Echeverría o descubren que, en su real adicción a los empresarios, hay identidades que unen a aquél tiempo con el presente.